

Fimbrethil murmuraba una canción.

Recogió con cuidado el bulbo nudoso que colgaba de la rama y, suspendiéndolo contra el sol, lo observó a trasluz. Era perfecto. Sonrió, y la corteza de su brazo crujió cuando lo dejó en el nido sobre su hombro, como en una cesta. La bola de madera rodó junto a varias moras, grosellas maduras y un ramillete de tomillo limón. Dio por terminado ese árbol y pasó al siguiente.

Los otros, de una altura parecida a la suya, pero más quietos, abrazaban la luz del sol con sus ramas. Hacia el este se extendía un extenso jardín lleno de frutales, arbustos y flores de los pigmentos del otoño, cargadas de polen para que las abejas produjeran su miel.

Un colibrí, atraído por el color de sus mejillas —parecido al de las manzanas dulces— se posó en una ramita de su cara buscando algo que libar. Fimbrethil continuó su tarea y el pajarillo decidió quedarse con ella. El pequeño comenzó a piar una canción sobre las bayas y los pétalos, y ella le respondió murmurando un contrapunto que retumbaba en el valle. El viento les hacía compañía.

Las tierras junto al río Anduin eran generosas y fértiles. Allí podría recuperar lo que había perdido.

Desde el norte se aproximaba un pequeño grupo de jinetes al paso, avanzando de forma elegante, sin apenas levantar polvo. Alcanzaba a ver la noble vestimenta de los Teleri, los atavíos de sus caballos y la bandera de la recién fundada, pero próspera, ciudad de Mithlond ondeando con el viento del norte. En los ojos del elfo que guiaba la expedición, buen amigo suyo, brillaba la luz de las estrellas. Se preparó para la conversación. Es una tarea lenta para una ent, sobre todo una que lleva meses —¿o años?— sin usar el élfico.

—Bienvenidos tú y los tuyos, Nowë. —El sonido de su voz retumbó con gravedad, tan cercano e inesperado que ahuyentó al colibrí, que emprendió el vuelo—. *Elen síla lúmenn' omentielvo*. —Fimbrethil inclinó la cabeza después de este saludo formal. Observó sus caras y composturas, y, con voz lenta, preguntó—: ¿Cuál es el propósito de tu viaje? ¿Qué... te aflige?

El elfo se inclinó de forma educada y miró a los ojos de la ent, que estaban a una altura como diez veces la suya, incluso inclinada hacia él.

—Saludos, Fimbrethil de los bosques. No debes preocuparte. Partimos desde el norte con el objetivo de recibir consejo de la dama Galadriel en Caras Galadhon.

—Sus respuestas a menudo endulzan, pero no quitan el amargor —señaló la mujer árbol, intuyendo la naturaleza de la inquietud del elfo.

—Así es, suele ocurrir de esta manera. —Nowë suspiró, y se masajeó los ojos con una mano, arrugando la frente.

—¿Sobre qué necesitas consejo, amigo mío? Eres sabio, y tan perspicaz como el que más. Siempre has sido capaz de ver a través de las grietas del mundo.

—¿Sabio? Todo lo contrario: mi necedad se cantará durante eras. —El elfo se acercó a ella y bajó el tono de su voz—. El futuro de los míos me preocupa, Fimbrelthil. Temo el horrible fardo del tiempo, que nos dobla las espaldas y nos empuja hacia la tierra. Mi pueblo no tiene futuro aquí. Muchos de los míos ansiamos ir a Valinor.

La ent no respondió. Largo tiempo habían anhelado cruzar el mar los primeros nacidos que aún quedaban en la Tierra Media. El elfo continuó:

—Círdan me llaman en los últimos tiempos. *Hacedor de barcos* —escupió estas palabras—. Barcas de pesca son más apropiadas para mí. No, Fimbrelthil. No consigo fabricar una nave capaz de cruzar el mar. Se me dijo que todavía no había llegado el momento de emprender el viaje, pero ¿y si nuestro final llega antes? Siglo tras siglo, los míos perecen en este continente sin llegar a ver la luz de Valinor.

—Conozco el dolor de tu pueblo, Nowë. Espero que encuentres consuelo y que las respuestas de la dama Galadriel te ayuden, aunque ahora no lo creas posible.

—Te lo agradezco, amiga. En efecto, su sabiduría es legendaria. Tiene una habilidad especial para preservar lo que debe ser preservado, pero sus consejos nunca son lo que esperas. En cualquier caso, te deseo suerte con tu problema. Nosotros hemos de seguir nuestro camino.

La ent inclinó la cabeza a modo de agradecimiento y despedida, y observó pensativa a la expedición, que continuaba su camino.

Las palabras de Nowë permanecieron en su cabeza durante toda una estación. El elfo se había referido a «su problema». La ent se preguntó por qué los de su clase tendrían esa impresión.

Era verdad que sus hermanas llevaban dormidas una cantidad inusual de tiempo. No estaba segura de cuántos ciclos completos habían pasado ya, pero lo cierto es que seguían floreciendo y dando frutos. Fimbrelthil pasaba los días cantando para ellas y estaba segura de que respondían a su manera. No se habían ido a ninguna parte. Estaban justo allí, junto al Anduin, con ella.

El ritmo de la vida de un ent no era el mismo que el de otros habitantes de este mundo; para una mujer árbol era normal detenerse, dejar pasar el tiempo, echar raíces. Ellos no tenían forma de saberlo. Tal vez fuera una diferencia de perspectiva.

«¡Ah, las canciones que cantaremos!». Pensaba Fimbrethil a menudo. «¡El orgullo que sentirán por nuestro jardín, cuando se lo enseñe! Lo he cuidado por ellas, por ellas solamente. Adornaremos nuestros tallos con ramilletes de zarzamora. Dormiremos sobre las caléndulas bajo la luz de la estrella de Eärendil. Trabajaremos en el jardín y lo expandiremos hacia el este y hacia el norte, llenando este lado del río de verde y esplendor. Bestias y personas se alimentarán de nuestra cosecha, y el mundo será hermoso de nuevo».

«Pero, ¿cuándo?». La impaciencia no estaba en la naturaleza de los ents, sin embargo... ¿Cuándo despertarían sus hermanas? «Por Yavanna, ¡¿cuándo?!».

Necesitaba el consejo de Galadriel.

Y

Había estado una vez en Lothlórien, en otra era. Ella lo había conocido como *Laurelindórenan*, y desde entonces había ganado en belleza. Incluso en invierno, durante la visita de Fimbrethil, los colores eran intensos y marcados. Las hojas secas cubrían la tierra, cada paso era mudo y placentero. La lluvia apenas llegaba al suelo, pero sí su olor, que lo llenaba todo. Sin embargo, la mayor diferencia desde su última visita eran, sin duda, los Mallorn, cuya copa no alcanzaba a ver.

—Fueron un regalo de Gil-Galad, gran señor de los Noldor —dijo la dama Galadriel, bajando una escalinata de madera cogida de la mano de su esposo—. Aquí los cuidamos. Alcanzarán incluso mayor altura en las edades venideras, inmunes al daño del tiempo. ¿Qué podemos hacer por ti, Fimbrethil, bella entre los ents?

La mujer árbol no podía dejar de admirar el Mallorn, el corazón de Lothlórien. Con una mano apoyada en su corteza podía sentir la vasta experiencia vital que tenía, desde que era solo una semilla que había venido de muy lejos. «Él sabría qué hacer» pensó la ent.

—Necesito consejo, sabia dama de los Galadhrim —respondió tras un momento.

—Sé lo que te preocupa. Amplia es la sabiduría del bosque, a menudo mayor que la nuestra. Recibirás el consejo que pides, pero te advierto ahora: una respuesta es todo lo que puedo darte. Cualquier solución la tendrás que llevar a cabo por ti misma.

Esa noche Fimbrethil siguió a Galadriel hasta la base de Caras Galadhon. Caminar cuesta abajo le recordó a su compañero; a él siempre le había gustado. Cuando llegaron a un pequeño manantial junto a las raíces más bajas del Mallorn, la elfa llenó un jarrón de plata con el agua que brotaba directamente de la roca.

—¿Qué esperas ver en las aguas del espejo? Sin duda has oído hablar de ellas.

—Busco información, Galadriel. Quiero saber qué debo hacer.

—Ah, pero no siempre debemos actuar. En ocasiones el curso de las cosas es el correcto. ¿Quién sabe dónde termina cada río? A veces es mejor dejarlo fluir. —La elfa vació el agua del jarrón sobre una bandeja del mismo material—. ¿Mirarás en las aguas del espejo?

Fimbrethil avanzó dos largos pasos hasta el pedestal donde descansaba el pequeño círculo de plata. Lo dejó atrás sin mirarlo, y avanzó directa hacia el manantial, más apropiado para su tamaño. Hundió en él los dos brazos y parte de la cabeza. Sus pupilas se dilataron como si estuviera mirando algo en la distancia, y permaneció así.

Tres ciclos completos permaneció Fimbrethil dentro del manantial. Sobre su espalda encorvada se posaron unos mirlos, que hicieron de ella un nido. Incluso ellos se terminaron yendo. La ent floreció en las primaveras, y se deshojó en los otoños. Los elfos cuidaban de ella. Galadriel en persona la visitaba con frecuencia, y compartía su dolor.

Cuando finalmente sacó la cabeza del agua, la ent no tomó aire, sino que bramó con una ira primordial, desesperada. Galadriel lo oyó y acudió con rapidez, incluso siendo mitad de la noche. Costó tiempo y el esfuerzo de muchos elfos calmar a la mujer árbol. Cuando al fin pudo hablar con ella, le dijo:

—Sé lo que has visto, pues yo también lo he hecho. Lo lamento, Fimbrethil.

—Ellas viven, Galadriel... —gimoteó en tono suplicante.

—Lo sé. Pero la tierra está emponzoñada por un mal mayor que nosotros. Tus hermanas no van a despertar.

Cuando volvió a su jardín junto al Anduin, se despidió de ellas. Las lágrimas de Fimbrethil fueron amargas y densas como jugo de almendra verde. Sus hermanas languidecerían allí hasta perder la consciencia que les quedara, y terminarían convirtiéndose en simples árboles.

La ent lanzó al viento un grito de futuro perdido. Empezó como una súplica y terminó días después como un lamento. Dicen que si escuchas con atención, todavía puedes oír el eco de sus palabras en una lengua que los hombres han olvidado.

Υ

Bárbol caminaba.

El anciano hombre árbol daba pasos, uno detrás de otro, con decisión, hacia donde se le necesitara. En ese momento un corrillo de jóvenes sauces requerían su atención, pues se habían desviado en más de un sentido, y no estaban bien.

—*Hum*, pequeños sauces. No os portéis así, creced alto, buscad el sol. No deseéis la maldad. Volved a vuestras costumbres. Cavad hondo. Bebed agua. *Hum...* El viejo Bárbol os lo dice. Sed buenos.

Los árboles se agitaron y finalmente se quedaron quietos, amansados.

Bárbol, satisfecho, continuó su ronda cuidando de los árboles del antiguo bosque. Después de unas cuantas de esas zancadas tan largas que daba, llegó a un claro en lo alto y se detuvo a escuchar. Lo que el viento arrastraba le hacía pensar en tiempos pasados, pero no era capaz de identificarlo, ni de explicar cómo le hacía sentir. Pestañeó dos veces y miró el reflejo de la luna en el agua de un charco.

—*Burárum*.

Υ

Fimbrethil tenía las rodillas hincadas en la tierra cuando terminó de gritar. En algunas zonas de su cara, por donde habían fluido las lágrimas, había surgido musgo. Se lo raspó con el antebrazo y tomó aliento.

Después gritó un mensaje:

—Por mi antigüedad y mis raíces, yo, Fimbrethil, la última de las ent mujeres, convoco al elfo Nowë de los Puertos Grises, para que se presente ante mí en mi jardín. ¡Que le llegue mi mensaje!

El viento cargó con este grito. Al otro lado del valle, una hormiga lo oyó y se lo dijo a un grillo. El grillo a una mariposa, la mariposa a un jilguero y el jilguero a un águila. No había pasado ni medio día hasta que el águila se presentó en la torre más alta de Mithlond, y le transmitió a un vigía el mensaje de Fimbrethil. Círdan, preocupado, pues nunca había visto urgencia tan imperiosa viniendo de un ent, dejó lo que tenía sin terminar y acudió en caballo adonde había sido convocado.

Allí encontró a Fimbrethil de rodillas en su jardín, y sintió su dolor.

—Nowë, amigo. Escucha mi ruego, pues un pueblo sin futuro es cantidad suficiente. Los tuyos deben cruzar el mar. Ni el roble ni la acacia ni el nogal te servirán para lo que necesitas. No. Te enseñaré a cantar la madera igual que tu pueblo enseñó al mío a usar la palabra. Y después...

Fimbrethil respiró hondo y continuó:

—Por favor, utiliza mi madera para construir un barco.

El elfo contuvo el aliento y no respondió, pues no había palabras que sirvieran.

Se podía sentir en todo el valle una tristeza moribunda, en el jardín un llanto ahogado y en el elfo una llama roja.

—Lo único que pido a cambio es que los tuyos y tú cumpláis una tarea...

Y

La que más adelante se conocería como la «Última comitiva» cruzó la Tierra Media para visitar el bosque de Fangorn. El elfo que la lideraba era alto, noble y anciano. Su barba era gris, pero el brillo de sus ojos no había perdido intensidad. Le acompañaban alrededor de trescientos elfos —los últimos— seguidos de una caravana de arcos y equipaje.

Encontraron a Bárbol recostado en el suelo, en lo profundo del bosque. Estaba dormido, con un pie en las aguas de un arroyo. Su cuerpo de madera, ahora gris, se había cubierto de líquen como si llevara tiempo en esa postura. Sus ramas habían crecido sin cuidado; era más barba que árbol. No fue fácil sacarle de su sueño.

—Bárbol de los bosques, amigo. Soy Círdan, me conociste hace mucho tiempo con el nombre de Nowë. Venimos desde la lejana Mithlond con el objetivo de despedirnos, pues abandonamos este continente. La cuarta edad pertenece a los hombres. Nosotros hemos de partir.

Cuando por fin respondió, Bárbol alargaba cada una de las sílabas, y con las sílabas, las palabras, y con las palabras, las frases:

—¿Cuarta edad, dices? El tiempo pasa, ciertamente, muy deprisa para mí. *Hum...* Perdona que no abra los ojos. Estoy muy cansado, cansado de caminar. Tanto andar y andar, y no he llegado a ningún sitio...

Círdan esperó, pues las pausas no eran infrecuentes en las conversaciones con los ent. Pasados unos minutos, ante la inactividad del hombre árbol, continuó hablando.

—Tengo un mensaje para ti de Fimbrethil, el cual me fue confiado en la segunda edad.

Los ojos de Bárbol se abrieron, al principio con curiosidad y después alarma, al escuchar el nombre de su compañera por primera vez en milenios. Se puso en pie con un movimiento vigoroso y las ramas y raíces que lo ataban al suelo crujieron como cuerda rompiéndose. Observó el despliegue de varios elfos, que descargaron un arcón de madera tan alto como ellos. Tenía un intrincado diseño y bajorrelieves en sus lados. Círdan cogió algo del arcón, lleno hasta el borde, y se lo mostró al hombre árbol. Los profundos ojos de Bárbol se iluminaron como el sol, y dejó escapar un «¡oh!».

En la palma del elfo había un bulbo marrón, algo mayor que una castaña, pero más arrugado y nudoso. Al colocarlo sobre el suelo de Fangorn brotó de forma instantánea una hoja tierna, de un verde radiante. Bárbol se arrodilló junto al brote y lo cubrió con su cuerpo, casi abrazándolo.

Después descargaron treinta y tres pesados arcones más.

Todos ellos llenos de semillas de ent.

El resto de pastores de árboles que aún vivían se arremolinaron en torno a la Última comitiva y a Bárbol, que sollozaba contra el suelo. Caían sobre la hojarasca, como espesas gotas de resina, lágrimas de futuro restaurado.

—Desde la segunda edad los medianos cosecharon las semillas y las cuidaron siguiendo con habilidad las instrucciones que nos dejó tu compañera. Los enanos fabricaron estos arcones, diseñados para su conservación. Los Dúnedain del norte las protegieron durante su transporte hasta Mithlond cada año, desde su nacimiento en primavera. Nosotros cantamos a las semillas las canciones que nos enseñó Fimbrethil, las cuales las mantuvieron con vida. —Los ojos del elfo reflejaban la luz de las estrellas mientras hablaba—. Ella me dejó para ti estas palabras: «siempre estaré de tu lado».

Círdan le escuchó llorar como no sabía que podía hacerlo un ent. Colocó la mano sobre su amigo.

—Todos estamos de tu lado, Bárbol. Siempre lo hemos estado.